



Homilía
Su Eminencia Cardenal
Gérald Cyprien Lacroix
Arzobispo de Quebec
Primado del Canadá

ORDENACIÓN EPISCOPAL DE
HÉCTOR FELIPE VILA
OBISPO DE WHITEHORSE
Vanier Catholic Secondary School, Whitehorse, Yukon,
7 de febrero de 2016

« Aquí estoy, mándame. »

Queridos hermanos,

La palabra de Dios nos presenta hoy a tres personajes particulares y semejantes cuando son confrontados con la grandeza, la bondad y la santidad de Dios, se sienten inadecuados y toman profunda consciencia de su indignidad.

Pedro, al ver las dos barcas casi hundirse de la pesca milagrosa, ve a Jesús de otra manera. Cae de rodillas y dice : « *Apártate de mí, Señor, que soy un pecador !* » Su respuesta es el eco del profeta Isaías cuando ha constatado la majestad de Dios que brilla y llena el templo. Isaías dice : « *Ay de mí, estoy perdido ! Yo, hombre de labios impuros que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor Todopoderoso.* »

Pablo, en la segunda lectura, sorprendido de la obra de Dios en su vida y consciente de que Dios lo ha escogido, dice : « *Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios.* » Creo que todos nosotros podemos identificarnos con Pedro, Isaías y Pablo cuando llegamos a la profunda comprensión de nuestra pequeñez,

de nuestra insuficiencia para responder al llamado de Dios. Ser lo suficiente humilde para reconocer nuestras fallas y las pequeñeces de nuestra vida es una buena cosa. Nos mantiene en sintonía con la realidad. Pero, a veces, nos barramos allí, sintiendo que nuestros defectos nos descalifican para realmente responder al llamado de Dios y servir al Señor cuando nos llama.

Sin embargo, las lecturas bíblicas de hoy muestran otro panorama, ofreciéndonos consuelo y esperanza. Nos hablan de un Dios que viene a nosotros y nos llama, no porque somos lo suficientemente « buenos » sino por lo que Dios es : « *Dios es amor.* » Un Dios apasionadamente enamorado de nosotros, quien no sólo nos perdona sino que también utiliza nuestras debilidades para hacer cosas maravillosas, para reunir a otros en su red de amor y de misericordia. Miren a Pablo : el perseguidor de los cristianos fue perdonado y llamado por Cristo para salir a predicar el Evangelio a los Gentiles. Miren a Pedro : muchas veces terco, amigo de circunstancias, capaz de negar a Jesús tres veces habiéndole prometido antes lo contrario, llora por su fracaso. Éste es el hombre a quién Jesús llama para guiar a su Iglesia, para predicar y para sanar.

Leí algo en Facebook hace unos meses que me hizo caer en cuenta que nuestro Dios escribe derecho entre renglones torcidos. Dios no elige personas capacitadas sino que capacita a los elegidos. Miremos de cerca a quienes Dios ha llamado a lo largo de los siglos. Jacob era un embaucador, Pedro tenía ira, David era adúltero, Jonás se alejó de Dios, Gedeón era inseguro, Miriam era una chismosa, Marta se preocupaba, Tomás tenía dudas, Sara era impaciente, Elías era inestable, Moisés era tartamudo, Zaqueo era demasiado pequeño, Abraham era un anciano, y Lázaro era muerto. Todos tenían sus defectos, todos eran pecadores. Pero Dios trabajó con ellos como quiere trabajar con nosotros tocándonos y transformándonos : nuestras acciones, nuestras apatías, nuestras actitudes, nuestros labios y nuestras vidas impuras. Dios nos toca, nos renueva, con palabras de gracia : « No temas ! Te perdono. Te amo. Y ahora lleva este amor al mundo. » Al peregrinar por la historia de la Salvación y la historia de la Iglesia, no sólo vemos que Dios llama para servirle y servir a su pueblo, a gente imperfecta, a pecadores, sino también es interesante de ver cómo estas personas responden a Dios y cómo el Señor los transforma en sus servidores, en sus discípulos misioneros, en sus santos.

Miremos una vez más a los tres personajes de las lecturas bíblicas de hoy. Isaías está definitivamente abrumado de encontrarse en la presencia de Dios. Pero no se centra en su debilidad sino que escucha la palabra de Dios : « *Entonces, escuché la voz del Señor, que decía : “A quién mandaré ? Quién irá por mí ? Y yo dije : Aquí estoy, mándame”.* » Cuánto se parece a lo que su nuevo obispo debe sentir en este momento, al responder al llamado de servir a esta Diócesis. « *Yo no, Señor. Soy indigno. Llama a otro. Soy un pecador.* » Y al mismo tiempo, como el profeta Isaías, lo más importante es la última línea : « *Aquí estoy, mándame !* »

La historia de Saulo, quien llegó a ser el gran san Pablo, es parecida. Era un judío con celo y muy piadoso, lleno de grandes conocimientos, pero sin la luz que guía el horizonte de su vida. Su encuentro con el Señor Resucitado en el camino de Damasco cambio todo. Su vida fue transformada, iluminada y él mismo lo admitió unos años más tarde a los Corintios : « *Porque yo soy el menor de los apóstoles y no soy digno de llamarme apóstol, porque he perseguido a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí.* » Querido

Obispo electo Héctor, ¿te sientes indigno de ser un sucesor de los Apóstoles ? Si así es, eres como san Pablo. También tú, por la gracia de Dios, eres lo que eres. De hecho, escogiste como tu lema episcopal una frase de san Pablo « *Mi gracia te basta.* » Cuando te pregunté la razón por escoger este lema me contestaste : « *Escogí este lema episcopal porque me recuerda como Dios me dio abundantemente su ayuda incondicional a lo largo de los años. Como cristiano y como sacerdote, experimenté la verdad de estas palabras en cada momento de mi vida, especialmente en los tiempos más difíciles. Al iniciar este nuevo capítulo en mi vida, respondiendo al llamado de Dios de hacerme un pastor por Su pueblo, confío que Su amor misericordioso será la fuente de gracia necesaria para proclamar la Buena Nueva a todos.* »

Y finalmente, miremos a Pedro, o más bien Simón, como se llamaba antes de que Jesús le encomiende una nueva misión. Es un humilde pescador que vive en las orillas del Lago de Galilea. Después de una larga noche de pesca, sin éxito, lavando las redes, Jesús le habla : « *Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.* » Claro ! le replica Simón. Era de carácter fuerte y no le agradaba la idea que el hijo de un carpintero le ordenara a él, un pescador profesional, cómo hacer su trabajo. Pero, su respuesta es maravillosa : « *Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada ; pero, por tu palabra, echaré las redes.* » Por tu palabra, lo haré ! Y fue una pesca milagrosa ! Claro, esto asustó a Simón Pedro, al punto que se arrojó a los pies de Jesús diciendo : « *Apártate de mí, Señor, que soy un pecador !* » Pero Jesús le contesta, « *No temas ; desde ahora serás pescador de hombres.* » En otras palabras, a partir de ahora irás mar adentro y salvarás a los hombres de las aguas de la muerte y del pecado, serás un pescador quien constantemente traerá la gente al encuentro del Señor del amor y de la misericordia.

Un obispo es evidentemente un pastor. Por eso en la ordenación episcopal recibe un báculo, recordándole que debe cuidar del pueblo de Dios y llevarlo al encuentro con Jesucristo : El Buen Pastor. Pero podríamos también entregarle una red de pescador, recordándole que la misión que hoy recibe es de ir mar adentro en la humanidad, en las aguas profundas donde no hay suficiente luz y esperanza para guiar a nuestros hermanos a la barca de la Iglesia, a casa, a Cristo, a la verdad y al amor, a la vida eterna.

Me contaron que hay buena pesca aquí en el territorio del Yukón. Trucha, Grayling del Ártico, salmón para nombrar sólo unas de las especies más conocidas. Pero tu especialidad como obispo será de lanzar las redes para alcanzar a los hombres y mujeres que buscan paz interior y esperanza, que buscan la presencia amorosa de un pastor lleno de misericordia.

Monseñor Héctor, el Papa Francisco te ha entregado una Esposa, una porción del pueblo de Dios, la Diócesis de Whitehorse. Esto está simbolizado con el anillo que pondré en tu dedo en unos momentos. Te recuerdo, lo que el Santo Padre, hablando a un grupo de obispos recién ordenados, les dijo :

« Cuando, en el momento de vuestra consagración, el nombre de vuestra Iglesia fue proclamado, se reflejaba el rostro de los que Dios os estaba dando. Este pueblo tiene necesidad de vuestra paciencia para curarlo, para hacerlo crecer. Sé bien lo desierto que se ha hecho nuestro tiempo. Se necesita, luego, imitar la paciencia de Moisés para guiar a vuestra gente, sin miedo a morir

como exiliados, pero gastando hasta vuestra última energía no por vosotros sino para hacer que Dios entre en los que guiais. Nada es más importante que introducir a las personas en Dios. Os confío, sobre todo a los jóvenes y a los ancianos. Los primeros porque son nuestras alas, y los segundos porque son nuestras raíces. Alas y raíces sin las cuales no sabemos quiénes somos y ni siquiera adónde tenemos que ir¹. »

Y el Papa Francisco continúa :

« Veo en vosotros centinelas, capaces de despertar vuestras Iglesias, levantándoos antes del alba o en medio de la noche para avivar la fe, la esperanza, la caridad ; sin dejaros adormecer o conformar con el lamento nostálgico de un pasado fecundo pero ahora declinado. Excavad todavía en vuestras fuentes, con la valentía de remover las incrustaciones que han cubierto la belleza y el vigor de vuestros antepasados peregrinos y misioneros que han erigido Iglesias y creado civilizaciones.

Veo en vosotros a hombres capaces de cultivar y de hacer madurar los campos de Dios, en los que los nuevos sembradíos esperan manos dispuestas a irrigar cotidianamente esperando cosechas generosas.

Veo finalmente en vosotros pastores capaces de reconstruir la unidad, tejer redes, remendar, vencer la fragmentación. Dialogad con respeto con las grandes tradiciones en las que estáis inmersos, sin miedo de perderos y sin necesidad de defender vuestras fronteras, porque la identidad de la Iglesia está definida por el amor de Cristo que no conoce frontera. Incluso custodiando la pasión por la verdad, no gastéis energías para contraponerse o enfrentarse sino para construir y amar.

Así, centinelas, hombres capaces de cuidar los campos de Dios, pastores que caminan delante, en medio y detrás del rebaño...². »

Querido Monseñor Héctor Felipe Vila, contempla a Jesús que te llamó y te trajo aquí a pastorear esta porción del Pueblo de Dios. Él es un Dios fiel quien te sostendrá a diario mientras sirves a la gente de esta Diócesis de Whitehorse. Puedes contar con Él porque es Su misión y compartirla con los sacerdotes, las personas consagradas y los fieles de esta Iglesia Particular.

Estamos felices de estar contigo hoy en este día especialísimo en tu vida y puedes contar con nuestro apoyo y oración. Porque es en comunión que servimos mejor al Señor. Estando unidos en la fe encontramos la valentía para lanzar las redes en las aguas profundas del mundo de hoy y así

¹ Papa Francisco, *Discurso a los nuevos obispos nombrados durante el año*, Vaticano, 18 de Septiembre de 2014.

² Ibid.

compartir la Buena Nueva de Jesucristo. Has generosamente ofrecido tu vida a Dios diciendo : « *Aquí estoy, mándame.* » No caminarás solo. Nosotros, tus hermanos obispos, estaremos contigo para apoyarte y estoy seguro que esta comunidad también te apoyará. No estamos aquí hoy sólo para orar y celebrar contigo. Te ofrecemos nuestra amistad y nuestro respeto, nuestra comunión en la misión de la evangelización. Con el salmista y contigo decimos : « *El Señor completará sus favores conmigo : Señor, tu misericordia es eterna.* »